

EL QUE SUSURRA EN LA OSCURIDAD

PRIMEROS CAPÍTULOS PROMOCIONALES

H. P. Lovecraft

EL QUE SUSURRA EN LA OSCURIDAD



Selección
CLÁSICOS UNIVERSALES

© MESTAS EDICIONES, S.L.
Avda. de Guadalix, 103
28120 Algete, Madrid
Tel. 91 886 43 80
Fax: 91 886 47 19
E-mail: info@mestasediciones.com
www.mestasediciones.com
<http://www.facebook.com/MestasEdiciones>
<http://www.twitter.com/#!/MestasEdiciones>
© Derechos de Traducción: Mestas Ediciones

Director de colección: J. M. Valcárcel

Diseño de cubierta: Mestas Ediciones, S.L.

Primera edición: *Octubre, 2022*
Segunda edición: *Julio, 2024*
Tercera edición: *Mayo, 2026*

ISBN: 978-84-18765-18-6
Depósito legal: M-19852-2022
Printed in Spain - Impreso en España

Reservados todos los derechos. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos - www.cedro.org), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

INTRODUCCIÓN

El que susurra en la oscuridad es, sin lugar a duda, una de las grandes obras maestras de Howard Phillips Lovecraft. Una historia de terror, dentro del género de la ciencia ficción, que sobrecoge desde la primera hasta la última página.

El punto de partida, de esta intrigante trama, se origina cuando empiezan a surgir noticias sobre avistamientos de «extrañas cosas flotantes», tras unas inundaciones históricas, en los ríos de las desoladas montañas de Vermont. Muy pronto los viejos mitos sobre monstruos, que habitan las colinas y secuestran a los humanos, se convertirán en el principal tema de conversación en la zona. ¿Extraterrestres en la Tierra? Albert Wilmarth, profesor de literatura en la Universidad de Miskatonic, en Arkham, Massachusetts, y un entusiasta aficionado al estudio del folclore de Nueva Inglaterra, es el narrador de la novela. Al principio es muy escéptico, atribuye todas esas teorías a las creencias ancestrales de los lugareños, pero poco a poco, basándose en terribles evidencias, descubrirá que el horror más despiadado acecha en la comarca...

Henry Akeley, un granjero educado, inteligente y de una fuerte personalidad, escribe a Wilmarth para asegurarle que los rumores son ciertos, que tiene pruebas de la existencia extraterrestre en la región. El profesor lo cree y viaja hasta el lugar, un hecho que le cambiará la vida para siempre...

Revisando este argumento, me vienen a la cabeza distintas declaraciones de Stephen Hawking en las que hacía hincapié sobre los peligros que debería afrontar la humanidad si en el

futuro mantiene algún tipo de interrelación con alienígenas: «Creo que tener contacto con extraterrestres sería un desastre, ya que probablemente estarían muy adelantados con respecto a nosotros. Si los extraterrestres nos visitasen, el resultado sería muy parecido al de cuando Colón desembarcó en América. Con solo mirarnos a nosotros mismos podemos ver cómo la vida inteligente podría resultar ser algo que no nos gustaría conocer». Hawking no era un don nadie y ha pasado a la historia por ser uno de los científicos más sobresalientes, posiblemente haya sido el que más nos ha enseñado acerca del espacio exterior. Y, en realidad, estas afirmaciones tan agudas bien podría haberlas hecho el mismo Lovecraft décadas antes del nacimiento de este brillante físico teórico británico, pues fundamenta la mayor parte de su literatura en ese concepto: los alienígenas ya están aquí, en nuestro planeta, existe una relación entre humanos y extraterrestres, y, por supuesto, estos nos someten a su antojo, nos estudian y nos destruyen cuando dejamos de serles útiles. ¡Y eso da mucho, pero que mucho miedo! Nos asusta porque no es algo que podamos descartar. No es un terror basado en algo imposible en sí y podría estar sucediendo perfectamente. Eso nos da pánico. Pánico de pensar que nuestra vida, apacible y previsible, podría no ser tal, que lo que nosotros llamamos «libre albedrío» quizá sea la sombra que reflejan los hilos de ese títere, que es el ser humano, en manos de divinidades cósmicas que llevan siglos manejándonos a su antojo.

El editor

«Todas mis historias se basan en la premisa fundamental de que las leyes, intereses y emociones comunes de los seres humanos no tienen validez ni importancia alguna en la amplitud del vasto universo.»

Howard Phillips Lovecraft

I

Tened muy en cuenta que en última instancia no soy testigo de ningún horror visual. Afirmar que una conmoción mental fue la causa de lo que deduje, la última gota que me hizo salir corriendo de la solitaria granja de Akeley y lanzarme, en plena noche, por las desoladas montañas de Vermont en un vehículo robado, es simplemente tratar de ignorar los hechos más notorios de mi experiencia final. Pese a las cosas tan fascinantes que pude ver y oír y la indeleble huella que dejaron en mí, ni siquiera hoy puedo afirmar si estaba equivocado o no por lo que respecta a mi horrible deducción. Y es que, al fin y al cabo, la desaparición de Akeley no demuestra nada. No se halló nada fuera de lo normal en su casa pese a las marcas de proyectiles que había dentro y fuera de ella. Era como si hubiese salido a dar un paseo por las montañas y, por algún motivo desconocido, no hubiese vuelto. No había ningún indicio de que alguien hubiese pasado por allí, ni tampoco de que aquellos espantosos cilindros y máquinas hubiesen estado almacenados en el estudio. El hecho de que Akeley albergase un temor reverencial hacia las verdes y multicolores montañas y los innumerables cursos de agua entre los que había nacido y se había criado, tampoco quería decir nada en absoluto, ya que son miles y miles las personas sujetas a aprensiones tan morbosas como esa. Por otra parte, la extravagancia podía contribuir a aclarar los extraños actos y recelos que marcaron su final.

Por lo que a mí respecta, todo se inició con las históricas, y hasta entonces nunca vistas, inundaciones de Vermont del 3 de

noviembre de 1927. Yo era por aquel entonces, al igual que sigo siendo hoy, profesor de literatura en la Universidad de Miskatonic, en Arkham, Massachusetts, y un entusiasta aficionado al estudio del folclore de Nueva Inglaterra. Poco tiempo después de la inundación, entre los numerosos reportajes sobre calamidades, infortunios y auxilios organizados que cubrían páginas y más páginas de los periódicos, apareció una serie de curiosas historias sobre objetos que se encontraron flotando en algunos de los ríos desbordados. Muchos de mis amigos hallaron la excusa en ellas para enfrascarse en curiosas polémicas y finalmente recurrieron a mí confiando en que podría aclararles algo al respecto. Me halagó ver en qué medida se tomaban en serio mis estudios sobre el folclore, de manera que hice cuanto pude por reducir a su justa medida aquellas historias confusas y sin fundamento que parecían tener tan genuinamente su origen en las antiguas supersticiones populares. Me divertía mucho toparme con personas cultas convencidas de que algo misterioso y perverso debía haber en el fondo de aquellos rumores.

Las leyendas que llamaron mi atención procedían en su mayoría de lectores de periódicos. Sin embargo, una de aquellas asombrosas historias tenía una fuente oral y a un amigo mío se la contó su madre en una carta enviada desde Hardwick, Vermont. Lo que describían era esencialmente lo mismo, aunque parecía haber tres variantes: una estaba relacionada con el río Winoski, cerca de Montpelier; otra tenía que ver con el río West, en el condado de Windham, más allá de Newfane; y una tercera se centraba en el Passumpsic, condado de Caledonia, al norte de Lyndonville. Como es natural, muchos de los artículos mencionaban otros ejemplos, pero en última instancia todos parecían circunscribirse a estos tres. En todos los casos, los campesinos aseguraban haber visto uno o más objetos muy raros y sorprendentes en las turbulentas aguas que bajaban de las apenas frecuentadas montañas. Por si eso fuese poco, había una tendencia acusada a relacionar aquellas visiones con un primi-

tivo y prácticamente olvidado ciclo de leyendas tradicionales que los ancianos rememoraban para el caso que nos ocupaba.

La gente creía ver formas orgánicas muy diferentes de cualquier otra que se hubiese visto antes. Como es natural, en aquel periodo de catástrofe, los ríos arrastraban muchos cadáveres de seres humanos. Sin embargo, quienes describían aquellas extrañas formas estaban convencidos sin lugar a duda de que no se trataba de seres humanos pese a algunas aparentes semejanzas en tamaño y aspecto general. Tampoco podían ser las de ningún animal conocido en Vermont, afirmaban los testigos. Eran objetos rosáceos de un metro y medio de largo, con cuerpos protegidos por un caparazón dotado de grandes aletas dorsales o alas membranosas, varios pares de patas articuladas, y una especie de complicada forma elipsoide, cubierta con multitud de pequeñas antenas, en donde normalmente estaría la cabeza. Era realmente curioso hasta qué punto coincidían los relatos de las diversas fuentes, aunque aquello se explicaba parcialmente por el hecho de que las antiguas leyendas, conocidas antaño en toda la montañosa comarca, pintaban un cuadro morbosamente real que muy bien podía aguijonear la imaginación de todos los testigos implicados. De aquello deduje que los testigos, todos ellos personas sencillas e ingenuas de comarcas poco pobladas, habían entrevisto los cadáveres destrozados e hinchados de seres humanos y animales domésticos en las aguas alborotadas, y el recuerdo latente de las antiguas leyendas los había llevado a dotar de propiedades fantásticas a aquellos cadáveres dignos de la mayor compasión.

Aquellas leyendas, aunque vagas, ambiguas y casi olvidadas por las generaciones más jóvenes, tenían unos rasgos muy singulares y reflejaban evidentemente la influencia de los primitivos relatos tradicionales indios. Aunque nunca hubiese estado en Vermont, era algo que conocía bien gracias a la curiosa monografía de En Davenport, que recopila material de la tradición oral recogido antes de 1839 entre los más viejos del Estado. Por otra parte, este material coincide casi en todo con historias que

he escuchado personalmente de los ancianos campesinos de la región montañosa de Nuevo Hampshire. Resumiéndolas brevemente, hacían referencia a una raza oculta de criaturas monstruosas que moran en algún lugar perdido de las más remotas montañas, en los bosques más espesos de las más altas cumbres y en los valles tenebrosos bañados por cursos de agua de origen desconocido. Estas criaturas eran avistadas en raras ocasiones, pero había testimonios sobre su presencia de quienes se habían adentrado más allá de lo normal en las laderas de cierta montaña o se habían aventurado en las profundidades de ciertos barrancos que evitaban hasta los lobos.

En el limo depositado en las orillas de los arroyos y en los terrenos yermos había unas curiosas huellas. No podía decirse si correspondían a pies o a zarpas. Había también unos extraños círculos de piedras, con la hierba arrancada a su alrededor, que no parecían haber sido puestos allí ni dispuestos así por la acción de la naturaleza. Había además unas cuevas de dudosa profundidad en las laderas de las montañas. Sus bocas de acceso estaban cerradas por peñas colocadas de forma nada casual y con más huellas extrañas de lo normal, huellas que se dirigían tanto hacia el interior como hacia el exterior de la cueva... si es que su dirección pudiese determinarse con precisión. Pero lo peor de todo era lo que algunos temerarios habían visto, a veces a la luz del crepúsculo, en los más remotos valles y en los tupidos y empinados bosques por encima de los límites normales de ascenso.

Todo habría sido menos alarmante si los relatos aislados de aquellos hechos no hubiesen coincidido tanto. Efectivamente, casi todos los rumores que circulaban compartían un punto común, pues sostenían que aquellas criaturas eran una especie de grandes cangrejos de color rojizo, con muchos pares de patas y dos grandes alas como las de un murciélago en medio del lomo. A veces caminaban sobre todas sus patas y otras solo sobre el par posterior, utilizando las demás para transportar grandes objetos de naturaleza desconocida. En cierta ocasión se

vio un gran número de ellos, mientras un destacamento suyo vadeaba, en formación prácticamente militar de tres en línea, una corriente de agua somera que discurría entre bosques frondosos. En otra ocasión, una noche vieron a uno de aquellos seres volando, tras arrojarle desde la cima de una colina pelada y solitaria, para esfumarse en el cielo después de que sus grandes alas batientes reflejasen durante unos momentos su silueta recortada contra la luna llena.

En general, aquellos seres no parecían tener ninguna intención de atacar a los hombres, aunque a veces los responsabilizaron de la desaparición de algún que otro individuo osado, sobre todo personas que construían sus casas demasiado cerca de ciertos valles o de las cumbres de determinadas montañas. En muchos lugares el asentamiento se hizo poco recomendable, perdurando esta creencia mucho después de olvidarse la causa. Un escalofrío recorría a quien dirigía la mirada hacia algunos barrancos próximos en las estribaciones de aquellos sombríos y verdes centinelas, aun cuando no recordaran cuántos colonos habían desaparecido ni cuántas granjas habían ardido hasta quedar reducidas a cenizas.

Pero, aunque según las leyendas más antiguas aquellas criaturas atacaban únicamente a quienes violaban su intimidad, relatos posteriores dejaban constancia de su curiosidad con respecto a los hombres y sus intentos por establecer avanzadillas secretas en el mundo de los humanos. Corrían historias sobre extrañas huellas de zarpas vistas cerca de las ventanas de alguna granja aislada al amanecer, y de alguna desaparición en comarcas alejadas de los núcleos que se hallaban sin lugar a duda bajo los efectos del encantamiento. Historias, por otra parte, de voces susurrantes que remedaban el lenguaje humano y hacían sorprendentes ofrecimientos a los solitarios viajeros que se adentraban en caminos y senderos abiertos en la espesura y de niños aterroizados por cosas vistas u oídas en las lindes del bosque. En la etapa final de las leyendas, la inmediatamente anterior al declive de la superstición y al abandono de los temidos lugares, existen

curiosas referencias a ermitaños y a colonos solitarios que en un momento de su vida parecieron experimentar un repugnante cambio de actitud mental, por lo cual los evitaban y de ellos se rumoreaba que se habían vendido a aquellas extrañas criaturas. Parece ser que hacia 1800 estuvo de moda en uno de los condados del noreste acusar a todos los que llevaban una vida apartada o excéntrica de ser aliados o representantes de las abominables criaturas.

En cuanto a la naturaleza de aquellas criaturas, las posibles explicaciones diferían muchísimo. En general eran designados con el nombre de «aquellos» o «los antiguos», aunque hubo otras denominaciones de uso local y transitorio. Es muy posible que la mayoría de los colonos puritanos viese en ellos simplemente a la familia del diablo, hasta el punto de convertirlos en la base de una especulación teológica inspirada en el terror. Quienes tenían sangre celta en sus venas, en especial el grupo escocés-irlandés de Nuevo Hampshire y sus descendientes asentados en Vermont gracias a los privilegios otorgados a los colonos en tiempos del gobernador Wentworth, los relacionaban vagamente con los genios malignos y con los «faunos» que habitaban en las tierras pantanosas y en las fortificaciones orográficas, de manera que se protegían de ellos mediante fórmulas mágicas transmitidas de generación en generación. Pero las teorías más asombrosas eran las de los indios, con mucha diferencia. Aunque las leyendas diferían dependiendo de las tribus, había una marcada tendencia a creer en ciertos rasgos característicos, siendo unánime el acuerdo sobre que aquellas criaturas no pertenecían a este mundo.

Los mitos de los pennacook, por lo demás los más congruentes y pintorescos, indicaban que las criaturas aladas procedían de la Osa Mayor. Decían que tenían minas en las montañas de la Tierra de las que extraían un tipo de piedra desconocido en cualquier otro planeta. No vivían aquí, señalaban los mitos, sino que simplemente se trataba de avanzadillas que regresaban volando con grandes cargamentos de tierra a sus estrellas del norte. Solo

atacaban a los seres terrestres si se acercaban demasiado a ellos o los espiaban. Los animales los evitaban por un temor instintivo, no por miedo a que trataran de cazarlos. No podían comer cosas ni animales terrestres, de manera que se veían obligados a traer sus provisiones de las estrellas. Era peligroso acercarse a aquellas criaturas y los jóvenes cazadores que se adentraban en sus montañas jamás regresaban. También era peligroso escuchar lo que susurraban al anochecer sobre el bosque con voces como las de una abeja que trata de imitar la voz humana. Conocían las lenguas de todas las tribus pennacooks, hurones, de las cinco naciones... Sin embargo, no parecían tener una lengua propia ni necesitarla. Hablaban con la cabeza, que experimentaba cambios de color dependiendo de lo que quisiesen decir.

Todas las leyendas, tanto las originadas entre los blancos como entre los indios, desaparecieron en el transcurso del siglo XIX, salvo alguna que otra reaparición atávica. El Estado de Vermont se fue poblando de colonos y, una vez contruidos los habituales caminos y viviendas según un plan previamente establecido, sus habitantes fueron olvidándose poco a poco de los temores y prevenciones que los impulsaron a poner en marcha aquel plan. Olvidaron incluso que hubiesen existido semejantes temores y prevenciones. Lo único que la mayoría de la gente sí sabía es que algunas comarcas montañosas tenían fama de insalubres, improductivas y, en general, que era desaconsejable vivir allí, que cuanto más lejos se estuviese de ellas mejor iría todo. Con el paso del tiempo, los caminos trillados que imponían los hábitos y los intereses económicos acabaron arraigando tanto en los lugares en los cuales se asentaron que no había por qué salir de ellos. De este modo, más por accidente que por designio, las montañas frecuentadas por aquellas criaturas permanecieron desiertas. Si se exceptúan los momentos de alguna que otra rara calamidad local, solo las abuelitas locuaces y los meditabundos nonagenarios hablaban a veces en voz baja de criaturas que habitaban en aquellas montañas. Incluso en aquellos susurros entrecortados decían que había poco que temer de ellas ahora

que estaban habituadas a la presencia de casas y poblaciones, y que los seres humanos no les importunaban en absoluto en el territorio escogido por ellas.

Hacía tiempo que yo conocía todo esto gracias a mis lecturas y a ciertas tradiciones populares recogidas en Nuevo Hampshire. Por eso, cuando comenzaron a correr los rumores sobre la época de la gran inundación, deduje fácilmente el trasfondo imaginativo que les servía de base. Traté de explicárselo a mis amigos y, al mismo tiempo, me divertí cuando algunos de esos individuos a quienes les gusta llevar siempre la contraria siguieron insistiendo en la posibilidad de que hubiese algo de cierto en los rumores. Esas personas trataban de poner de manifiesto que las leyendas primitivas eran de una persistencia y una uniformidad significativas. Insistían en que la naturaleza de las montañas de Vermont, aún por explorar en la práctica, hacía desaconsejable mostrarse dogmático sobre lo que pudiera habitar o no en ellas. Tampoco se convencieron cuando les aseguré que todos los mitos tenían unos conocidos rasgos característicos comunes con los de la mayoría del género humano, pues venían prefigurados por las fases primitivas de la experiencia imaginativa que siempre producía un tipo de ilusión idéntica.

En vano traté de demostrar a mis interlocutores que los mitos de Vermont apenas diferían en lo fundamental de las leyendas universales sobre la personificación natural que llenaron la Antigüedad de faunos, dríadas y sátiros, inspiraron los *kallikanza-roi*^[1] de la Grecia moderna y no dispensaron a las tierras sin civilizar, como el País de Gales e Irlanda, de esas tenebrosas alusiones a extrañas, pequeñas y terribles razas ocultas de trogloditas y moradores de madrigueras. También fue inútil señalar la similitud aún más sorprendente que guardaban con la creencia habitual entre los habitantes de las tribus montañosas del Nepal en el temible *Mi-Go* o «abominable hombre de las nieves» que está siempre al acecho entre las cimas de hielo y roca de las cumbres

[1] Duendes malévolos.

del Himalaya. Cuando puse de relieve este dato, mis interlocutores lo volvieron contra mí y dijeron que eso demostraba una cierta historicidad real de las antiguas leyendas. Me aseguraron que era un argumento más a favor de la existencia real de alguna raza terrestre, extraña y primitiva, que tuvo que ocultarse tras la aparición del género humano y su predominio, de manera que era muy posible que hubiese logrado sobrevivir en un número reducido hasta épocas relativamente recientes... o incluso hasta nuestros días.

Cuanta más risa me causaban aquellas teorías, más se aferraban a ellas mis porfiados amigos. Añadieron incluso que, si nos olvidábamos de la leyenda, los rumores que corrían eran demasiado claros, congruentes, detallados y sensatamente pedestres en su exposición, como para ser desoídos. Dos o tres fanáticos extremistas quisieron hallar posibles significados en las antiguas leyendas indias, que achacaban un origen extraterrestre a los seres ocultos. Como apoyo de sus argumentos citaban los increíbles libros de Charles Fort, que pretende demostrar que viajeros de otros mundos y del espacio exterior hacían visitas frecuentes a la Tierra. Con todo, la mayoría de mis interlocutores eran simples románticos que simplemente transferían a la vida real las fantásticas tradiciones de faunos acechantes popularizadas por ese excelente autor de relatos de terror llamado Arthur Machen.^[2]

II

Como suele ser habitual en tales circunstancias, esta apasionante discusión acabó en letra impresa adoptando la forma de cartas al *Arkham Advertiser*. Algunas fueron reproducidas en los periódicos de las comarcas de Vermont de donde procedían las

[2] Arthur Machen (1863-1947) fue un escritor galés conocido por su influyente literatura sobrenatural y de terror fantástico. Su obra más conocida es *El gran dios Pan*.

historias sobre la inundación. El *Rutland Herald* publicó media página de extractos de las cartas de ambos bandos contendientes, mientras que el *Brattleboro Reformer* reprodujo en toda su extensión una de mis largas reseñas sobre historia y mitología, así como unos comentarios aparecidos en la columna de pensamiento e ideas de *El Dileante* que apoyaba y encomiaba mis conclusiones escépticas. En la primavera de 1928 era yo una figura bastante conocida en Vermont pese a que nunca había puesto los pies en ese Estado. De aquellas fechas datan las extraordinarias cartas de Henry Akeley que tanto me impresionaron y me llevaron por primera y última vez a esa región tan fascinante llena de barrancos verdes y arroyos susurrantes que corrían entre bosques impenetrables.

Casi todo cuanto sé de Henry Wentworth Akeley procede de la correspondencia que mantuve con sus vecinos y con su único hijo, que vivía en California, a raíz de mi corta estancia en su solitaria granja. Según descubrí, Akeley era el último representante en su suelo natal de una vieja familia de juristas, administradores y agricultores de buena posición, célebres en su comarca. Sin embargo, en su caso la familia había pasado mentalmente del pragmatismo a la pura erudición, ya que fue un estudiante sobresaliente de matemáticas, astronomía, biología, antropología y folclore en la Universidad de Vermont. Nunca hasta entonces había oído hablar de él y casi no se deslizaban datos autobiográficos en sus comunicaciones, pero desde el primer momento supe que era un hombre educado, inteligente y de una fuerte personalidad, aunque fuese un recluso sin ningún aire de hombre de mundo.

Pese a la inverosimilitud de cuanto decía, al principio no pude evitar tomarme los juicios de Akeley tan en serio como lo hacía con quienes rebatían mis puntos de vista. Por una parte, estaba muy cerca del fenómeno real —visible y palpable— sobre el que especulaba de una manera tan grotesca; por otra, estaba asombrosamente dispuesto a dar a sus conclusiones un carácter provisional, igual que hace un genuino científico. No se dejaba

llevar por sus ideas personales y siempre se guiaba por lo que consideraba datos probados. Como es natural, al principio creí que estaba equivocado, aunque le di cierto crédito porque me pareció que su error era inteligente. En ningún momento se me ocurrió hacer como unos amigos suyos, que achacaban sus ideas a la demencia y el miedo que sentía ante las solitarias y verdes cumbres. Pude ver que era un hombre que hablaba con conocimiento de causa y que cuanto decía debía proceder, casi con toda certeza, de extrañas circunstancias que merecían ser tenidas en cuenta, aun cuando no tuviesen mucho que ver con las fantásticas causas a las cuales él las atribuía. Más tarde me remitiría pruebas pertinentes que planteaban la cuestión sobre bases un tanto diferentes y sorprendentemente extrañas.

Lo mejor será que transcriba íntegramente, en tanto que sea posible, la larga carta en la cual Akeley se me presentaba, y que constituye un importante hito en mi vida intelectual. Ya no obra en mi poder, pero mi memoria retiene su asombroso mensaje casi palabra por palabra. Una vez más me reafirmo en mi creencia sobre la cordura del hombre que la escribió. Aquí está el texto... que me llegó en los ilegibles y arcaizantes garabatos de alguien que sin lugar a duda tuvo poco contacto con el mundo durante su apacible vida como estudioso.

R.F.D. n° 2 Townshend, Windhem Co.

Vermont. 5 de mayo de 1928.

Sr. Albert N. Wilmarth. 118 Saltonstall St. Arkham, Mass.

Estimado señor:

He leído con gran interés en el Brattleboro Reformer del 23 de abril su carta sobre las historias que últimamente circulan sobre extraños cuerpos que se han avistado flotando en nuestros ríos durante las inundaciones del pasado otoño y sobre las curiosas tradiciones populares con las que concuerdan punto por punto. Es fácil comprender que un forastero adopte

una postura como la suya e incluso que El Diletante esté de acuerdo con usted. Esa es la actitud que adoptan normalmente las personas educadas sean o no de Vermont. Esa fue mi actitud de joven (ahora tengo 57 años) antes de que mis estudios, tanto generales como del libro de Davenport, me llevasen a recorrer algunos rincones poco frecuentados de las montañas de la comarca.

Me vi empujado a dar comienzo a esos estudios por las extrañas historias que oía de boca de viejos granjeros sin ninguna formación, aunque mejor habría sido dejar todo como estaba. Modestia aparte, diré que la antropología y las tradiciones populares no me son desconocidas en modo alguno. Las estudié a fondo en la universidad, de manera que estoy familiarizado con la mayoría de las autoridades en la materia: Tylor, Lubbock, Frazer, Quatrefages, Murray, Osborn, Keith, Boule, G. Elliott Smith, y otros. Para mí no resulta ninguna novedad que las leyendas sobre razas ocultas son tan antiguas como la propia vida. He visto las reproducciones de sus cartas y las de quienes comparten su opinión en el Rutland Herald, así que imagino en qué estado se halla ahora la polémica.

Lo que trato de decirle es que mucho me temo que sus contertulios están más cerca de la verdad que usted, pese a que la razón parezca estar de su lado. Están incluso más cerca de la verdad de lo que ellos mismos pueden imaginar, pues se basan solo en la teoría y, como es natural, no pueden saber todo lo que yo sí sé. Si yo supiese tan poco como ellos, vería justificado creer como lo hacen ellos. Estaría completamente de su parte, señor Wilmarth.

Como puede ver, estoy dando un gran rodeo antes de llegar al objeto de mi carta, probablemente porque temo llegar hasta él. En pocas palabras, tengo pruebas fidedignas de que en los bosques de las altas cumbres por donde no va nadie viven realmente unas criaturas monstruosas. No he visto a ninguna de ellas flotando en las aguas de los ríos, como se ha dicho,

pero sí he visto criaturas así en circunstancias que apenas me atrevo a repetir. He visto huellas, últimamente las he visto tan cerca de mi casa (vivo en la vieja casa de los Akeley, al sur de Townshend Village, en las estribaciones de Dark Mountain) que ni siquiera me atrevo a decírselo. Incluso he llegado a oír voces en ciertos lugares de los bosques que ni siquiera me atrevería a describir sobre el papel.

En determinado lugar las oí con tanta claridad que me llevé un fonógrafo, además de un dictáfono y un cilindro de cera para grabar. Ya buscaré la forma de que pueda oír usted la grabación que conseguí. Se la hice escuchar a algunos de los viejos que viven por la zona. Una de las voces les impresionó tanto que parecían no salir de su asombro debido a su semejanza con una voz (ese susurro que se oye en los bosques y que Davenport menciona en su libro) de la cual les habían hablado sus abuelas y trataban de imitarla. Sé lo que la mayoría cree de un hombre que dice «oír voces», pero antes de sacar conclusiones le rogaría que escuchase la grabación y preguntase a los viejos de la zona lo que opinan al respecto. Si halla usted una explicación racional, pues tanto mejor. Pero, sin duda alguna, debe haber algo detrás de todo esto porque, como usted bien sabe, ex nihilo nihil fit.^[3]

Lo que me mueve a escribirle no es el deseo de iniciar una polémica, sino el de facilitarle una información que creo que un hombre de sus inquietudes encontrará interesantísima. Esto se lo digo en privado. En público estoy de su parte porque ciertas cosas me han demostrado que es mejor que la gente no sepa demasiado sobre este asunto. Mis estudios son a título particular únicamente, y no pienso decir nada que llame la atención de la gente y les tienta a visitar los lugares que he explorado. Es cierto, espantosamente cierto, que en esos lugares hay criaturas no humanas que no dejan de observarnos, que cuentan con espías entre nosotros para recopilar infor-

[3] Nada surge de la nada.

mación. Gran parte de la mía procede de un pobre infeliz que, si estaba en su sano juicio (y en mi opinión sí lo estaba), era uno de esos espías. Aquel hombre se suicidó, pero tengo motivos sobrados para creer que hay otros.

Las criaturas vienen de otro planeta. Pueden vivir en el espacio interestelar y desplazarse por él gracias a unas toscas y fuertes alas resistentes al éter, pero que son demasiado ingobernables para utilizarlas cuando están en la Tierra. Le hablaré de eso más adelante si es que no me considera un loco. Vienen aquí para extraer metales de unas minas que hay en el interior de los montes, y me parece que sé de dónde proceden. No nos harán ningún daño si las dejamos tranquilas, pero nadie puede predecir lo que sucedería si las molestásemos. Como es natural, a un buen ejército no le costaría nada arrasar su colonia minera. Eso es precisamente lo que ellas temen. Pero si llegase a ocurrir, otras vendrían del exterior, en un número incalculable. No les costaría conquistar la Tierra, pero hasta ahora no lo han intentado porque no tienen ninguna necesidad de hacerlo. Prefieren las cosas como están y no buscarse complicaciones.

Según tengo entendido, quieren librarse de mí porque sé demasiadas cosas sobre ellas. En los bosques de Round Hill, al este de aquí, he descubierto una gran piedra negra con jeroglíficos indescifrables y medio borrados. Pues bien, en cuanto me la llevé a casa todo cambió de raíz. Si creen que sé demasiado, me matarán o me llevarán al planeta de donde proceden. De vez en cuando les gusta secuestrar hombres eruditos para estar al corriente de cómo van las cosas en el mundo de los humanos.

Esto me conduce a mí segundo propósito al escribirle esta carta, es decir, a pedirle que procure acallar la polémica en lugar de echar más leña al fuego. Debe mantenerse a la gente alejada de estas montañas, y lo mejor para lograrlo es no despertar aún más su curiosidad. Bien sabe el cielo que ya se corre bastante el peligro con promotores y agentes inmobilia-

rios dispuestos a inundar Vermont con hordas de veraneantes que infesten las zonas despobladas y cubran las montañas de casitas horteras. Me gustaría mucho seguir en contacto con usted. Si lo desea, trataré de enviarle por correo urgente la grabación fonográfica y la piedra negra porque está tan desgastada que apenas podrá ver algo en las fotografías. Y recalco el «trataré», porque creo que estas criaturas se las ingenian para enterarse de todo lo que ocurre aquí.

En una granja cercana al pueblo hay un hombre llamado Brown, de muy mal catadura y peor carácter. Yo creo es uno de sus espías. Poco a poco tratan de ir dejándome incomunicado con el mundo porque sé demasiado sobre ellas.

Utilizan los medios más increíbles para enterarse de todo lo que hago. Es posible que esta carta ni siquiera llegue a sus manos. Creo que lo mejor sería que abandonase esta parte del país y me marchase a vivir con mi hijo a San Diego, en California, si las cosas empeoran, pero es muy difícil dejar el lugar en que uno ha nacido y donde ha vivido su familia durante seis generaciones. Además, tampoco me atrevería a vender esta casa a nadie ahora que esas criaturas han puesto su mirada en ella. Al parecer, quieren recuperar la piedra negra y destruir la grabación fonográfica, pero no lo conseguirán si yo puedo evitarlo. Por ahora, mis perros guardianes las mantienen a raya, ya que aún son pocas y no se mueven bien por estos andurriales. Como he dicho, sus alas sirven de poco cuando se trata de vuelos cortos sobre la Tierra. Estoy a punto de descifrar la piedra y todo apunta a revelaciones terribles. Yo diría que con los conocimientos que posee usted sobre el folclore tradicional podría ayudarme a dar con los eslabones perdidos. Supongo que estará enterado de los espe-luznantes mitos anteriores a la aparición del hombre sobre la Tierra —los ciclos de Yog-Sothoth y Cthulhu— a los que se alude en el Necronomicón. En cierta ocasión pude acceder a uno de los ejemplares del libro. Según tengo entendido, usted

posee otro, que guarda bajo siete llaves en la biblioteca de su universidad.

Para terminar, señor Wilmarth, creo que podemos sernos muy útiles el uno al otro debido a nuestros estudios. No quiero que usted corra peligro alguno, y me creo en la obligación de avisarle de que la posesión de la piedra y de la grabación entraña ciertos riesgos, aunque estoy convencido de que usted no dudará en enfrentarse a ellos por el bien de la ciencia. Si me autoriza a enviarle algo, se lo acercaré en coche hasta Newfane o Brattleboro, ya que confío más en las estafetas de correos de esos lugares. Le diré que vivo solo porque ya no puedo tener a nadie a mi servicio. No quieren quedarse, ya que las criaturas tratan de acercarse a casa por las noches y hacen ladrar sin cesar a los perros. Me alegro de no haberme metido más a fondo en mis indagaciones mientras vivía mi esposa, pues se habría vuelto loca con todo esto.

Confíando en no haberlo importunado demasiado y que usted decida seguir en contacto conmigo en vez de tirar la carta a la papelera por creerla el desvarío de un loco,

Queda atentamente suyo, Henry W. Akeley.

P. D. Estoy sacando más copias de algunas fotografías tomadas por mí y que creo que pueden contribuir a demostrar varios de los puntos mencionados en la presente. Los viejos del lugar creen que es algo de lo más verídico. Se las enviaré inmediatamente si le parece bien.

H.W.A.

Sería difícil describir mis sentimientos después de leer por primera vez un testimonio tan extraño. Lo normal habría sido que me hubiese reído aún más de semejantes incongruencias que de otras teorías mucho más creíbles que suscitaron la hilaridad. Sin embargo, algo en el tono de aquella carta me indujo a considerarla con una paradójica seriedad. No es que creyese ni por

un segundo en la oculta raza procedente de otro mundo sobre la cual hablaba mi corresponsal. No obstante, lo cierto es que, después de algunas dudas en un primer momento, sorprendentemente me convencí de su cordura y sinceridad, inclinándome a creer que su autor se había enfrentado con algún fenómeno real, aunque singular y anormal, que no era capaz de explicar salvo con la imaginación. Estaba convencido de que la verdad estaba muy lejos de lo que me decía aquel hombre. Pero tal vez mereciese la pena investigar qué había detrás de aquello. Aquel hombre parecía muy excitado y alarmado por algo, aunque era difícil pensar que su actitud fuese injustificada. En ciertos aspectos, era tan puntual y lógico... Además, después de todo, su historia encajaba asombrosamente bien con ciertos mitos antiguos..., incluso con las leyendas indias más inverosímiles.

Que realmente hubiese podido oír voces nada tranquilizadoras en las montañas y que de verdad hubiese hallado la piedra negra que mencionaba, entraba dentro de lo posible pese a sus descabelladas elucubraciones, las cuales debió sugerirle el hombre de quien decía que era un espía de aquellas criaturas extraterrestres y que después se suicidó. Era fácil deducir que este hombre debía estar como una cabra, pero probablemente le quedase una pizca de perversa lógica aparente que motivó que el ingenuo de Akeley, que estaba predispuesto a semejantes cosas por sus estudios sobre el folklore, se tragase la historia. En cuanto a los últimos sucesos, en concreto a la imposibilidad de tener a nadie a su servicio, parecía que los modestos y sencillos vecinos de Akeley estaban tan convencidos como él de que algo siniestro merodeaba su casa por las noches. Además, algo que no podía ponerse en tela de juicio es que sus perros ladraban.

Luego venía la cuestión de la grabación fonográfica, que solo pude creer que la había obtenido como dijo. Debía tratarse de algo, pero no sabría decir qué: ruidos de animales que engañosamente recordaban el lenguaje humano, o bien las palabras de algún ser humano oculto y al acecho al anochecer, consumido hasta alcanzar un estado no muy superior al de los animales

inferiores. De la grabación mi pensamiento saltó a los jeroglíficos de la piedra negra y a especular sobre cuál podría ser su posible significado. Por otra parte, estaban las fotografías que Akeley hablaba de enviarme y que los viejos de la zona encontraban tan convincentemente espeluznantes.

Mientras releía aquella carta ilegible, pensé más que nunca que mis crédulos contertulios tal vez estuviesen más en lo cierto de lo que yo había querido aceptar en un primer momento. Al fin y al cabo, aquellas montañas que todos rehuían bien podían ser el reducto de criaturas extrañas y tal vez con deformidades hereditarias, aun cuando no hubiese ninguna raza de monstruos nacidos fuera de la Tierra según pretendía la tradición. En tal caso, no sería del todo descabellada la presencia de cuerpos extraños en los ríos desbordados. ¿Era tal vez demasiado descabellado suponer que tanto las antiguas leyendas como los recientes relatos se basaban en algo real? Pero incluso albergando aquellas dudas me avergoncé de que una muestra de incoherencia tan absurda como la increíble carta de Henry Akeley hubiese podido suscitarlas.

Al final, contesté la carta de Akeley en un tono de amable interés y le pedí información más pormenorizada. Su respuesta me llegó casi a vuelta de correo. Tal y como me había prometido, en ella incluía una serie de fotos de escenas y objetos demostrativos de lo que tenía que contarme. Eché un vistazo a las instantáneas cuando las extraje del sobre y tuve la extraña sensación de espanto que se experimenta ante la cercanía de lo prohibido porque, pese a lo borrosas que estaban la mayoría de ellas, tenían un endiablado poder de sugestión. Lo intensificaba el hecho de que se trataba de auténticas fotografías. Eran genuinos eslabones ópticos de lo que reproducían, el producto de un proceso de transmisión impersonal sin ningún rastro de prejuicios, falibilidad o falsedad.

Cuanto más las observaba, más me convencía de que había acertado al tomarme en serio a Akeley y su historia. Sin lugar a duda, aquellas fotografías aportaban pruebas concluyentes de

que en las montañas de Vermont había algo que estaba, como poco, más allá del alcance de nuestros conocimientos y creencias. Lo peor de todo eran las huellas de pisadas. Se trataba de una fotografía tomada en un sitio donde brillaba el sol, en un sendero totalmente lleno de barro en medio de una altiplanicie totalmente desierta. Una sola mirada me bastó para ver que allí no había trampa ni cartón, ya que los guijarros y las briznas de hierba claramente perfilados que se distinguían en el campo de visión eran la mejor garantía de la corrección de la escala, imposibilitando cualquier intento de una doble exposición trucada. Por ponerle un nombre lo bauticé como «pisada», pero creo que sería más preciso decir «huella de zarpa». Aún hoy me cuesta intentar describirla. Solo puedo decir que era algo horrible, de rasgos semejantes a los cangrejos, y no sabría precisar qué dirección seguía. No era una huella muy profunda ni reciente, pero su tamaño era más o menos como el del pie de un hombre de estatura normal. A partir de un rastro central, se proyectaban en direcciones opuestas varios pares de pinzas dentadas. Aquello era algo obviamente desconcertante si es que, como parecía, era solo un órgano de locomoción.

Otra de las fotografías —tomada con escasa luz— mostraba la boca de una cueva en un terreno muy frondoso, con una roca esférica que obstruía la abertura. En la superficie desnuda que había delante podía verse perfectamente una tupida red de extrañas huellas. Al estudiar la fotografía con una lupa, comprobé con cierta desazón que se parecían a las de la otra fotografía. Una tercera imagen mostraba un círculo de estilo druídico de piedras levantadas en las cumbres de una montaña pelada. Alrededor del críptico círculo la hierba estaba muy aplastada y arrancada, aunque no pude detectar ninguna pisada, ni siquiera con ayuda de la lupa. Se veía sin dificultad que era un lugar perdido en el verdadero mar de montañas deshabitadas que se divisaba en segundo plano y se perdían en un horizonte brumoso.

Pero si la más espeluznante de todas las fotografías era la que mostraba la pisada, la más sugerente sin duda alguna era la de la

gran piedra negra hallada en los bosques de Round Hill. Akeley la había fotografiado desde lo que debía ser su mesa de trabajo, ya que podían verse hileras de libros y un busto de Milton en segundo plano. Según parecía, la cámara había enfocado en vertical la imagen con una superficie un tanto curvada e irregular de uno por dos pies, pero decir algo más preciso sobre esa superficie, o sobre el aspecto general de la piedra entera, casi rebasa los límites del lenguaje. No podía imaginar siquiera los rarísimos principios geométricos en que se habían basado para su corte pues sin duda se trataba de un corte artificial, ya que nunca había visto nada tan raro e inequívocamente ajeno a este mundo. Casi no pude distinguir ninguno de los jeroglíficos esculpidos sobre la superficie, pero uno o dos de los que vi me dejaron atónito. Como es natural, podía tratarse de una falsificación, pues yo no era el único que había leído el monstruoso y abominable *Necronomicón* del árabe demente Abdul Alhazred. Pese a todo, me estremecí al reconocer ciertos ideogramas que mis estudios me habían enseñado a relacionar con los misterios más pavorosos e implacables de seres que habían tenido una medio existencia enloquecida antes de formarse la Tierra y los otros planetas del sistema solar.

De las otras cinco fotografías, tres eran de terrenos cenagosos y montañosos que parecían mostrar huellas de habitantes ocultos y perniciosos. En otra se veía una curiosa huella en el suelo, muy cerca de la casa de Akeley. Él decía que la había fotografiado temprano, tras una noche en que los perros habían ladrado con más intensidad que de costumbre. Estaba muy borrosa y apenas podían sacarse conclusiones de ella, pero tenía un odioso parecido con la otra huella de pie o zarpa fotografiada en la altiplanicie desierta. En la última instantánea se veía la casa de Akeley. Era una construcción preciosa de fachada blanca con dos plantas y una buhardilla, levantada haría algo más de un siglo. Tenía un césped bien cuidado y una vereda jalonada de piedras que conducía a una puerta de estilo georgiano labrada con un gusto exquisito. En el césped había varios perros guardianes de gran

tamaño, tendidos junto a un hombre de aspecto agradable con una barba gris recién recortada que debía ser el propio Akeley. Era el fotógrafo de sí mismo a juzgar por la pera conectada a un tubo que empuñaba en la mano derecha.

De las fotografías pasé a la extensa y densa carta, que me enfrascó durante las siguientes tres horas en un marasmo de inenarrable horror. Aquello que Akeley solo había bosquejado someramente en su primera carta, ahora lo describía con todo lujo de detalles, ofreciendo largas transcripciones de palabras oídas en los bosques durante la noche, extensas descripciones de monstruosas formas rosáceas avistadas en medio de la frondosa espesura al anochecer en las montañas, y una atroz narración cósmica derivada de la aplicación de una profunda y diversificada erudición a los infinitos discursos del loco y supuesto espía que acabó quitándose la vida. Me encontré ante nombres y voces que ya había oído en otros lugares relacionados con los más espantosos que cabe imaginar: Yuggoth, Gran Cthulhu, Tsathog-gna, Yog-Sothoth, R'lyeh, Nyarlathotep, Azathoth, Hastur, Yian, Leng, el Lago de Hali, Bethmoora, la Señal Amarilla, L'mur Kathulos, Bran y el Magnum Innominandum. Me vi transportado a través de miles de eones y dimensiones extraordinarias a mundos antiguos y exteriores que el demente autor del *Necronomicón* únicamente había empezado a intuir. Allí me hablaba de los pozos de vida primigenia, de los ríos que descendían de aquel manantial y, por último, del arroyo nacido de uno de aquellos ríos que se había fundido inextricablemente con los destinos de nuestro planeta.

Mi cerebro era como un remolino que no dejaba de girar. Si antes había tratado de hallar una explicación a las cosas, ahora empezaba a creer en los prodigios más raros y sorprendentes. Las pruebas eran abrumadoras e irrefutables. La fría y científica actitud de Akeley —que estaba muy lejos de lo demencial, fanático, histérico e incluso de lo injustificadamente especulativo—, tuvo un impacto brutal sobre mis facultades críticas. Cuando terminé de leer aquella horrenda carta, pude comprender los temores

que había llegado a albergar Akeley. Así pues, me dispuse a hacer cuanto estuviese en mi mano para mantener alejada a la gente de aquellas montañas despobladas y encantadas. Aún hoy, cuando el tiempo ha mitigado la impresión que experimenté y ha hecho que me replantee mis actos y horrendas dudas, hay cosas de aquella carta de Akeley que no osaría mencionar, ni siquiera con palabras sobre un trozo de papel. Casi me alegro de que la carta, la grabación y las fotografías hayan desaparecido... y únicamente deseo, por motivos que pronto explicaré, que jamás llegue a descubrirse el nuevo planeta más allá de Neptuno.

Tras leer aquella carta, corté de raíz mis polémicas sobre los horrores de Vermont. Las argumentaciones de mis adversarios quedaron sin responder o pospuestas tras algunas disculpas, y la controversia cayó en el olvido con el tiempo. Durante los últimos días de mayo y a lo largo de todo junio mantuve una correspondencia constante con Akeley, aunque como se extraviaba alguna carta de vez en cuando, debíamos volver sobre nuestros pasos y llevar a cabo una ingente labor de reproducción.

En términos generales, lo que hacíamos era cotejar nuestras notas en los puntos oscuros de la mitología con el fin de poder establecer una analogía precisa de los horrores de Vermont con la recopilación general de leyendas primitivas de todo el universo.

Para empezar, prácticamente acordamos que las morbosidades y el infernal Mi-Go de las cumbres de Himalaya pertenecían a la misma categoría de monstruosidades encarnadas. Asimismo, hicimos unas conjeturas muy interesantes de tipo zoológico que me habría gustado consultar a mi colega universitario, el profesor Dexter, de no haber ordenado de manera tajante Akeley que no hiciese partícipe a nadie, aparte de nosotros, de lo que ocurría. Si ahora desobedezco esa orden es porque creo que en el actual estado de cosas una advertencia sobre esas remotas montañas de Vermont y de las cumbres del Himalaya que algunos intrépidos exploradores están cada día más empeñados en escalar, puede favorecer más a la seguridad pública que guardar silencio. Algo concreto que ya estábamos muy cerca de lograr

era el desciframiento de los jeroglíficos de aquella ignominiosa piedra negra. Aquello era algo que bien podría hacernos entrar en posesión de secretos más arcanos y asombrosos que cualquier otro hasta entonces conocido por el hombre.

III

Hacia finales de junio llegó la grabación fonográfica, remitida desde Brattleboro, ya que Akeley no se fiaba de la seguridad que pudiese ofrecer el ramal que discurría por el norte de aquella ciudad. Comenzaba a albergar cada vez más sospechas de que lo espían, una sensación que se agravó cuando se perdieron algunas cartas. Hablaba sin cesar sobre las asechanzas de personas a quienes consideraba instrumentos y agentes de las criaturas ocultas. De quien más recelaba era del huraño granjero Walter Brown, que vivía solo en una vivienda ruिनosa de la ladera que lindaba con los frondosos bosques y que con frecuencia era visto haraganeando por las esquinas de Brattleboro, Bellows Falls, Newfane y South Londonderry, del modo más inexplicable y sin motivo aparente. Akeley estaba convencido de que era la voz de Brown una de las que en cierta ocasión oyó durante una espantosa conversación. Por si eso fuese poco, en otro momento vio una huella de pisada o de zarpa cerca de la casa de Brown, lo que se le antojó un mal presagio. Curiosamente, no lejos de ella se veían huellas de pisadas de Brown... pisadas dirigidas hacia la casa.

Así pues, la grabación fue depositada en la estafeta de correo en Brattleboro, a donde la llevó Akeley tras conducir su Ford por las solitarias carreteras secundarias de Vermont. En la nota que acompañaba a la grabación, confesaba que empezaba a temer aquellas carreteras, y que ni siquiera se atrevía a ir a Townshend a hacer compras si no era a plena luz del día. Repetía una y otra vez que era peligroso saber demasiado, salvo que uno se hallase a una gran distancia de aquellas silenciosas y siniestras montañas.

Pensaba mudarse cuanto antes a California a vivir con su hijo, por muy duro que fuese abandonar el lugar en torno al cual giraban todos sus recuerdos y sentimientos ancestrales.

Antes de poner la grabación en el aparato que pedí prestado al rectorado de la Universidad, repasé minuciosamente todas las explicaciones plasmadas en las diversas cartas de Akeley. Decía que la grabación fue obtenida sobre la una de la madrugada del 1 de mayo de 1915, cerca de la boca cerrada de una gruta en la frondosa vertiente occidental de Dark Mountain, justo encima de los terrenos cenagosos de Lee. El lugar había estado desde siempre extrañamente plagado de curiosas voces, siendo este el motivo por el cual llevó hasta allí el fonógrafo, el dictáfono y unos cilindros para grabar, pues esperaba obtener resultados positivos. Sus anteriores experiencias le habían inducido a confiar en que la víspera del uno de mayo, la terrible noche del Sabbat de las leyendas esotéricas europeas, probablemente sería una fecha mucho más fructífera que cualquier otra... y qué duda cabe de que no quedó decepcionado de su elección. Ahora bien, había que reseñar que a partir de entonces no volvió a oír voces en aquel mismo lugar.

Contrariamente a la mayoría de las voces oídas en el bosque, la sustancia de la grabación era casi ritual y contenía una voz que era humana sin lugar a duda, aunque Akeley no lograba identificarla. Desde luego, no era la de Brown, sino que más bien parecía corresponder a un hombre con un mayor nivel cultural. Sin embargo, la segunda voz era en sí un auténtico enigma, pues se trataba de un maldito susurro sin la menor semejanza con el lenguaje humano, y eso que se expresaba con palabras que indicaban un excelente inglés y un acento académico.

El fonógrafo y el dictáfono no debieron funcionar con la misma calidad durante toda la grabación. Como es natural, aquello suponía un gran inconveniente dada la lejana y encubierta naturaleza del ritual, de manera que el registro de las voces era en realidad muy fragmentario. Akeley me había enviado una transcripción de lo que él creía que eran las palabras pronun-

ciadas. Yo la repasé de nuevo mientras me disponía a escuchar el aparato. El texto era de una naturaleza más tenebrosa y enigmática que decididamente horrible, si bien conocer su origen y procedimiento de reproducción le confería un halo de horror superior a cualquier palabra que pudiese pronunciarse. Trataré de reproducirlo aquí íntegramente en la medida que lo recuerde, aunque estoy convencido de que me lo sé de memoria, no solo por haber leído la transcripción, sino por haber escuchado la grabación muchas veces. ¡No es algo que uno pueda olvidar fácilmente!

(Sonidos irreconocibles)

(Una voz humana, masculina, culta)

...es el Señor de los Bosques, incluso para... y los presentes de los hombres de Leng... por lo cual desde los abismos de la noche hasta las vorágines del espacio, y desde las vorágines del espacio hasta los abismos de la noche, siempre las alabanzas al Gran Cthulhu, a Tsathoggua y al Innombrable. Siempre sus alabanzas, y abundancia para la Cabra Negra de los Bosques. ¡Iä! ¡Shub Niggurath! ¡La Cabra Negra de los Mil Vástagos!

(Una imitación susurrante del lenguaje humano)

¡Iä! ¡Shub Niggurath! ¡La Cabra Negra de los Mil Vástagos!

(Voz humana)

Y he aquí que el Señor de los Bosques, siendo... siete y nueve, descendió los peldaños del ónix... le (tri)buta a Él en la Vorágine, Azathoth, aquel de quien tú nos has mostrado marav(illas)... sobre las alas de la noche muy lejos del espacio, muy lejos del... a aquel de quien Yuggoth es el hijo menor, girando él solo en el negro éter del círculo exterior...

(Voz susurrante)

... ir entre los hombres y encontrar las formas de hacerlo, que aquel que se halla en la Vorágine debe conocer. A Nyarlathotep, poderoso mensajero, debe dársele cuenta de todo. Y Él

Fin de la edición promocional